

EL TALENTO CON PLAZO DE ENTREGA:
BORGES Y ONETTI PERIODISTAS ¹

Elvio E. Gandolfo

Uno de ellos, JLB, nació en 1899, en Buenos Aires. El otro, JCO, nació en 1909, en Montevideo. Fallecidos en 1986 y 1994, en esas largas vidas cruzaron numerosas veces el Río de la Plata, Borges para visitar con gusto el Uruguay, Onetti para ventilarse en períodos de trabajo y aventura literaria o sentimental en Buenos Aires. Uno no tuvo ningún hijo, el otro, dos. Uno no escribió ninguna novela, el otro ganó la fama definitiva con varias. Fueron amigos esporádicos, como debe ser, con derecho a crítica o ironía hacia el otro. Cada uno de los dos, con el tiempo, se convirtió en el gigante complejo de la literatura de cada uno de sus dos países y, por extensión, de América Latina o el mundo. A uno, por la mezcla de azar y de “casi iletrado endiosamiento” (según otro escritor), le tocó convertirse en pieza clave del imaginario porteño, junto a Maradona, Cortázar o su odiado Perón. Al otro, ir perfilando, alentado por sus propios desafíos explícitos, la imagen del “hombre que escribe”, tan distinto al escritor, garantía existencial y largo tiempo secreta de un oficio. Los dos amaron muchas mujeres, pero JCO fue más correspondido que JLB (quien expresó su dolor en “El Aleph” y otros textos), aunque ambos tuvieron, en

¹ El texto se basa en una extensa nota publicada en *El País Cultural* N° 333 (Montevideo, 22 de marzo de 1996). Se ha reducido mucho el comentario bibliográfico de los dos libros aparecidos en ese momento (*Borges en Revista multicolor* y *Confesiones de un lector*), y realizado algunos retoques menores.

Dolly y Kodama, el buscado y merecido remanso. Muchas veces propuestos, ninguno de los dos obtuvo el premio Nobel de Literatura. Ambos lograron sin embargo el Cervantes, premio consuelo hispano, también entregado por un rey. Los dos, por otra parte, ejercieron el periodismo.

CAFÉ, SUDOR Y ADRENALINA

A ninguno de los dos, sin embargo, les cae bien la denominación “periodistas”, como sí se ajusta en cambio a Roberto Arlt, a Carlos María Gutiérrez, a Rodolfo Walsh. Buena parte del mejor lenguaje y estructura de esos tres nombres descansó primero en las páginas con el tiempo amarillentas de un diario. En el caso de Onetti y Borges, en cambio, ejercieron su papel sin la regularidad prolongada y tenaz, por ejemplo, de los cientos de “aguafuertes” arltianas. Tampoco “salieron a la calle” metódicamente, a reportear, a investigar, a respirar las vidas y las voces ajenas que alimentaban las crónicas arltianas, el inconsciente “nuevo periodismo” de Walsh, los reportajes de Gutiérrez.

Los cuentos o crónicas de Borges publicados en esas páginas tenían, incluso en su *Historia universal de la infamia*, el carácter de piezas literarias, de recreación del pasado, predestinadas al libro. Casi todo el resto era crítica, de cine o de libros. En cuanto al extenso “alacraneo” literario de Onetti, primero en el semanario *Marcha*, después en el diario *Acción*, eran las “opiniones de un lector”, que se desmarcaba no sólo del papel de periodista cultural (estar “enterado”, marcar tendencias) sino también, y acaso sobre todo, del papel de crítico profesional. Por otra parte, con su acidez iba trazando un vacío de peso literario a nivel nacional que él mismo iba a ir llenando con el tiempo.

Aunque ocuparon lugares fijos en diarios o semanarios, nunca se sacaron del todo el aura distintiva de la “Sección Cultura”. Esos personajes de ropa más prolija y vidas a menudo menos caóticas que los batallones de Redacción, que cumplen horarios más elásticos y menos exigidos, que no están, día a día, cuando el diario pelea el cierre, porque, después de todo, el cierre nunca depende de ellos, salvo la media docena de muertes cruciales y culturales del año. De algún modo “tocan y se van”, y no se quedan, aunque

no haga falta, hora tras hora, en el “ambiente” de humo y café, de humor y sordidez, de adrenalina y aburrimiento que son las redacciones de los diarios, sobre todo de los diarios de la tarde. O que eran, al menos, hasta la llegada de la informática y la lucha anticáncer.

De todos modos, son ellos justamente los que mejor pueden captar ese clima, por estar “afuera”, con una mezcla de fascinación y cariño. Como todo escritor (incluso Onetti) Borges fue construyendo una imagen de sí mismo en la que no le interesaba reconocer su deuda con un diario como *Crítica*. No escribió mayormente al respecto, y pasó con rapidez ese período en los reportajes.

El diario *Crítica* fue el más popular de su época en Argentina. Copiaba, según apuntó Emir Rodríguez Monegal, “el estilo y el método de la prensa *tabloid* norteamericana” (170). En otras palabras: si la historia no existía, se inventaba, del tamaño que fuera. Así, por ejemplo, casi todas las fuentes citan el célebre caso de un falso levantamiento indígena en El Chaco, que proveyó por lo tanto el titular de tapa “*Crítica* consigue la paz en el Chaco”: no costaba nada deshacer lo inexistente. Para recobrar la atmósfera interna de la redacción de esos años hay que ir a buscar el testimonio de su amigo Ulises Petit de Murat, con quien “armaba” la “Revista Multicolor de los Sábados” del diario. En un extenso reportaje de 1979, Petit de Murat recordó aquellas páginas creadas por Natalio Botana:

Estar en esa redacción era realmente divertido. Caían fakires, tipos que tomaban una lamparita eléctrica y se la comían, locos de toda naturaleza. Sin embargo, el trabajo cotidiano era duro, porque de pronto el jefe de la página musical era convocado por el Secretario de Redacción, Juan Carlos Petrone, y debía ir a Barracas a tomar nota del incendio en una curtiembre. (...) No había ningún horario. Hubo un breve período durante el cual trabajó uno de esos estúpidos organizadores que pretenden implantar organigramas. Puso un reloj para implantar entradas y salidas; cuando recogía las tarjetas encontraba firmas a nombre de “Erasmus de Rotterdam” u otras con recuerdos nada cariñosos para él y su familia. Duró poco. Botana lo echó.

Borges se integró sin dificultad y con agrado a ese clima. No era de extrañar: a muchos de quienes escribían allí los conocía de antes, de la revista cultural *Martín Fierro* y otros sitios. Porque, como destacó Petit de Murat, entre ellos figuraban Arlt y González Tuñón, o refinados “reos”, como Carlos de la Púa y Last Reason.

La descripción que el propio Onetti hizo del clima imperante en *Acción*, cuando el diario cumplió 15 años, no fue muy distinta:

El gran defecto de ese diario se llama vespertino. Porque nos obligaba a reptar de mañana, imbecilizados por el sueño o el insomnio, subir en el ascensor que sacudía San Vito, gritar el saludo, pedir café, pelear por la insegura posesión de una máquina de escribir, mirar el día desde los ventanales, leer los diarios, más felices, que se llamaban matutinos. Puesta de lado toda circunstancia personal, pasadas las diez empezábamos a sentirnos felices y nos creíamos despiertos. (...) Sin archivo, sin fichero, memoria, cultura, la tarea es difícil y no puede satisfacer su hipotético destino. Y si *Acción* vivió o sobrevivió quince años, desde el 48, a nosotros –lo comprobamos con asombro– nos ocurrió lo mismo.

El doble perfil de Borges ante ese clima aparece en un par de anécdotas. En un “Elogio al traductor” su compañero de tareas Roberto A. Tállice lo recuerda mezclándose a

un grupo de colegas de su predilección (...) ya dotado de una singularísima personalidad, de un creciente prestigio y además temible por sus polémicas literarias, por sus juicios acerbos

y más tarde, entregado a una conferencia improvisada sobre las dificultades y la necesidad de la tarea de traducir, que es cerrada por “sonrisas, elogios y aplausos” de quienes lo rodean.

Su gran amigo Petit de Murat agrega un costado menos relumbrante, más humano:

cuando todavía tenía buena vista, ciertas cosas de la realidad, como sus colaboraciones en *Crítica*, le permitieron conocer un mundo vedado antes y después. Quería mucho a la gente de la imprenta, a los armadores, a los encargados de la distribución. Lo divertía hablar con ellos. Este es un Borges que tal vez muchos no conozcan, porque la mayoría lee solo esas absurdas respuestas que da a preguntas insustanciales.

TIENTOS Y DIFERENCIAS

Hay dos volúmenes, aparecidos ambos en 1995, que recogen una zona de la actividad periodística de JLB y JCO. En el primero, *Borges en Revista Multicolor* (Atlántida), Irma Zángara recopiló textos seguros de Borges, otros que demostrarían serlo, y algunos discutibles: el criterio de ordenamiento y deducciones era confuso. Menos inconvenientes, desde luego, hubo en recopilar las columnas tardías escritas por encargo de la agencia de noticias EFE por JCO, cuando ya vivía en España. Con prólogo de su hijo Jorge, el título es desacertado. Hay poco de *Confesiones de un lector* (Alfaguara) en esta serie a veces repetida, bastante desgana, de columnas o contratapas. Parecen más bien la reacción bastante mecánica ante una solicitud que contribuía con generosidad a resolver el diario vivir. Muchos de sus temas ya estaban, más frescos, reunidos en *Requiem por Faulkner y otros artículos* (Arca, 1975).

Cuando Borges entró en *Crítica* en los años 30 era una figura en ascenso. Cuando Onetti escribió para *El País* de Madrid y EFE entre el 78 y el 91 era una figura totalmente consagrada. Uno “cuerpeó” como pudo las exigencias de un trabajo cultural periodístico en un diario que no debía considerar ideal. Tanto que luego pasó, cómodo, a las hieráticas páginas de *La Nación*. Pero ninguno de los dos esquivó el riesgo. Y en el caso de Onetti es especialmente destacable pensar que en esos años se entregaba, en el plano literario, a esa apertura infinita a los conflictos renovados que su propia obra le planteaba, con una frescura juvenil que le admiraba Mario Arregui, en las páginas de *Cuando entonces* y *Cuando ya no importe*, sus novelas finales.

Mucho antes, en el azar de un congreso, una fotografía los había unido a los dos, veteranos, entre atónitos y sonrientes. Onetti miraba a Borges, que lo oía, con atención.

Elvio Gandolfo
Montevideo

OBRAS CITADAS

Huberman, Silvio. *Hasta el alba con Ulises Petit de Murat*. Corregidor: Buenos Aires, 1975.

Petit de Murat, Ulises. *La noche de mi ciudad*. Buenos Aires: Emecé, 1979.

Rodríguez Monegal, Emir. *Borges, una biografía literaria*. Fondo de Cultura Económica: México D.F., 1987.

Ruffinelli, Jorge. *Requiem por Faulkner y otros artículos*. Arca: Montevideo, 1975.